

## NATURALEZA HUMANA Y GRACIA EL PROBLEMA DEL HUMANISMO CRISTIANO

Si bien es cierto que ninguna época ha logrado realizar plenamente el humanismo y, menos todavía, el humanismo cristiano, la verdad es que la Edad Media, en su apogeo, logró estructurar las líneas esenciales del humanismo. Como advierte Gilson, el verdadero Renacimiento de Occidente se realiza en los siglos XIII y XIV. Los principios del humanismo, descubiertos por la filosofía grecolatina acerca del hombre y de su fin trascendente, purificados de sus desviaciones y desenvueltos en todos sus alcances, fueron informados por los principios cristianos y lograron configurar una verdadera concepción sapiencial humano-cristiana de la vida, bajo cuya dirección se comenzó a organizar el perfeccionamiento individual y social, humano y cristiano, íntimamente unidos, es decir, el humanismo cristiano. Tal perfeccionamiento se logra vigorosamente en los tramos más elevados de la cultura: en el orden teórico, con la Teología y la Filosofía; en el artístico, con sus puentes, castillos y sus admirables catedrales; y en el político-social, con el feudalismo, los gremios y el Imperio Romano Germánico.

Lo que faltó a este humanismo fue precisamente el desarrollo de las ciencias matemáticas y empíricas y de sus aplicaciones técnicas, el dominio de la materia con su consiguiente bienestar material. Tal desarrollo científico y técnico, tal bienestar material, iban a ser aportados por el humanismo renacentista contemporáneo, bien que a costas de la pérdida de aquella auténtica concepción humano-cristiana de la vida y de su organización moral y social consiguiente, es decir, a costa de los valores superiores, específicos del humanismo: conquista de la ciencia y de la técnica y de los bienes materiales desarticulados del bien trascendente y divino del hombre, desorbitados a manos de una libertad absoluta, independiente de toda sujeción a Dios, a sus leyes; y, al final y por eso mismo, una ciencia, una técnica y un bienestar material inhumanos, vueltos contra el hombre, sometido a todas las esclavitudes, avasallamientos, pasiones, egoísmos de los otros, del Estado, de las clases, etc., con la pérdida de su integración en el bien humano y cristiano.

Si, al contrario, las épocas moderna y contemporánea hubiesen logrado tales aportes científicos y técnicos sin perder aquella verdadera concepción y ordenación del hombre y de su perfeccionamiento natural y sobrenatural, como había sucedido en el Medioevo, incorporándolos y organizándolos dentro de ella, se hubiese alcanzado la realización del verdadero humanismo dentro del humanismo cristiano: el desarrollo de todos los aspectos del ser humano y de las cosas a él subordinadas de una manera jerárquica, culminando en el perfeccionamiento espiritual del hombre por la posesión de la verdad, del bien y de la belleza trascendentes en dirección a la posesión plena y exhaustiva de los mismos en Dios, en la vida eterna. En todo caso, si queremos dilucidar el problema de la posibilidad del humanismo cristiano, debemos distinguir cuidadosamente dos problemas que frecuentemente se confunden: el histórico (si el humanismo cristiano se ha realizado o no y en qué medida) y el filosófico o esencial (si es posible y bajo qué condiciones es posible tal realización de un humanismo cristiano).

Nos acabamos de referir al primer problema procurando distinguir las relaciones del cristianismo con las principales realizaciones históricas del humanismo. Aborde-

mos ahora el segundo, que es el que más nos interesa: ¿es posible la realización del humanismo y qué relaciones guarda él y su realización con el cristianismo?; y más concretamente, ¿es posible un humanismo cristiano? O, en otros términos: el que el humanismo nunca se haya llevado a cabo plenamente, ¿obedece a que es realmente imposible o es simplemente un hecho que no afecta a su posibilidad intrínseca de realización? Supuesta la posibilidad de tal realización, ¿es compatible o no con el cristianismo, es decir, es posible un humanismo cristiano? Por de pronto, contra la posibilidad del humanismo cristiano, a más del hecho de no haberse realizado nunca históricamente, se objeta la desvinculación y hasta la contradicción que habría entre humanismo y cristianismo. Tal la objeción que presentarían Paniker y otros.

El hombre, aun en un plano puramente natural, es una sustancia finita, hecha de materia y espíritu, pero ordenado para la Verdad y el Bien infinitos. El centro o meta de su vida y de su ser no está en la propia inmanencia, sino en la verdad y el bien y, en general, en el ser trascendente —con el que la verdad, el bien y también la belleza se identifican— con cuya perfección objetiva se actualiza su inmanencia subjetiva, su vida espiritual, y con ella el ser mismo del hombre. Conviene subrayar esta verdad: que aun en un plano puramente natural, es decir, que con independencia de la elevación del hombre a la vida sobrenatural cristiana, la naturaleza humana está esencialmente hecha para un fin trascendente divino y eterno: la Verdad y el Bien infinitos. Porque la vida del hombre no tiene sentido sino como preparación para la consecución plena —de acuerdo con las exigencias de su naturaleza— de tal Fin divino después de la muerte.

El perfeccionamiento del hombre no se logra sino por el desarrollo armónico de todos los aspectos de su ser, subordinados al desarrollo de su ser y vida específica espiritual, el cual, a su vez, no se alcanza en la pura inmanencia de ésta, sino sometiendo a las exigencias de la verdad —orden teórico— y del bien —orden práctico— trascendentes, como preparación a la posesión definitiva de la Verdad y Bien divinos, por participación de los cuales son verdad y bien aquellas realizaciones finitas de los mismos.

La vida espiritual humana es esencialmente intencional, no se puede actualizar subjetivamente sin la ordenación esencial y posesión del objeto. Así, la vida de la inteligencia no puede actualizarse sino como aprehensión inmanente de un ser trascendente —no hay acto subjetivo sin la verdad aprehendida como objeto o ser distinto del propio acto—. Del mismo modo, no hay actualización de la vida apetitiva, no hay acto subjetivo de la voluntad sino como prosecución o goce de un bien trascendente al propio acto. Y como la verdad y el bien —el ser— a que la inteligencia y la voluntad se ordenan no se agotan en ninguna realización finita de las mismas, sino que son la verdad y el bien en sí, sin límites, que sólo pueden realizar la Verdad y el Bien infinitos, la vida específica espiritual del hombre —y por ella, su mismo ser— aparece esencialmente ordenada a la Verdad y al Bien —al Ser— de Dios, como al fin último y definitivo trascendente, en cuya posesión encuentra su perfección o actualización inmanente.

Ahora bien, si el humanismo no es sino el perfeccionamiento de los diversos aspectos de la vida y el ser del hombre, que no se alcanzan sino con la actualización o el perfeccionamiento de la vida específica espiritual, y si éste no se logra sino abriéndose la inmanencia espiritual hacia y en busca de la trascendencia de la verdad y del bien, llegamos a la conclusión de que el humanismo, lejos de ser antropocén-

trico y autónomo, debe ser, por el contrario, esencialmente onto y teocéntrico y, como tal, sometido a Dios, Verdad y Bien infinito, y a sus exigencias. El hombre no puede perfeccionarse, en una instancia suprema, sin el reconocimiento de la Verdad y del Bien divinos, o sea, sin glorificar a Dios; y viceversa, no puede reconocer la verdad y bien infinitos, no puede glorificar a Dios sin perfeccionarse, sin humanizarse. La exigencia cristiana teo y cristocéntrica no hace sino imponer al humanismo las condiciones más favorables para su propia realización esencial.

Pero hay más. Humanismo y cristianismo no sólo no se oponen, sino que, paradójicamente, el humanismo sólo puede realizarse y acabarse divinamente por el cristianismo. En efecto, las relaciones del humanismo y del cristianismo son las mismas que las de naturaleza y gracia. Por una parte, la naturaleza no ha sido destruida ni corrompida por el pecado original. La vida natural del hombre es capaz, pues, de desenvolverse y perfeccionarse. El hombre absolutamente está en condiciones de alcanzar su Fin divino trascendente y, con él, su propia perfección. Las fuentes del humanismo no han sido cegadas ni destruidas, sino sólo heridas y debilitadas por el pecado original. El humanismo o cultura humana sigue siendo, por ende, absolutamente posible. Más aún, aunque irreductibles, la naturaleza y la gracia, en la actual Economía Divina, están íntimamente unidas.

La fe y la gracia, participación de la ciencia y vida de Dios, sin confundirse con la inteligencia y la naturaleza, la suponen y se insertan en la vida intelectual y espiritual de la naturaleza humana y, a su vez, éstas suponen los demás grados materiales de la vida sensible y vegetativa del hombre. Sin vida natural, no es posible en el hombre la vida sobrenatural, precisamente porque ésta es elevación divina de aquélla. La ciencia divina es participada por la inteligencia sobrenaturalmente elevada por la fe, y la vida divina es participada por el alma espiritual sobrenaturalmente elevada por la gracia. Irreductible a la vida natural y a sus exigencias, la vida sobrenatural se enraíza y supone siempre la vida natural, a la que transforma elevándola a un orden divino de vida, participación de la misma Vida de Dios.

La necesidad de la gracia no es sólo para implantar la vida divina en el hombre. La misma vida natural tiene necesidad de la gracia para ser sanada de sus heridas. Sin ser destruida o corrompida en su propia esencia, el pecado original no sólo la ha despojado de la vida sobrenatural, sino que también ha herido y debilitado a la misma naturaleza humana. Su inteligencia está como obnubilada y tiene tantas dificultades para descubrir el conjunto de las verdades con que organizar su vida terrena, de acuerdo a las exigencias de su Fin divino y eterno, que realmente no podría de hecho llegarlas a conocer si no fuese ayudada por la Revelación sobrenatural de Dios, que le esclarezca tales problemas; y su voluntad está tan inclinada al mal por sus pasiones alzadas contra las exigencias de la razón, que sin la gracia sobrenatural no podría observar ni los mismos preceptos de la moral natural. En una palabra: sin la Revelación y la gracia sanantes sobrenaturales, no hay ni conocimiento adecuado de la verdad necesaria a la ordenación de la vida ni cumplimiento de la ley moral, aun en un mero plano de la naturaleza humana y de sus exigencias propias.

El desarrollo del hombre en todos los aspectos de su vida, pero especialmente en el de su vida específica espiritual, intelectual y moral, es, precisamente, lo que constituye el humanismo. Tal desarrollo, aunque absolutamente posible por las solas fuerzas naturales, desde que la naturaleza humana subsiste incorrupta bajo el pecado original, que la priva de la gracia y la hiere en su propia esencia, es, por esta razón,

moralmente imposible sin la acción sobrenatural de la Revelación y de la gracia sanante, que cura esas heridas y fortalece la debilidad de nuestra naturaleza para conocer adecuadamente la verdad y ajustarse a las normas impuestas por la razón. De aquí que sin esta intervención sobrenatural de la Revelación y de la gracia —más brevemente, sin el cristianismo— sea moralmente imposible la constitución de un desarrollo adecuado de todo el hombre individual y social y de sus instituciones y demás manifestaciones culturales, de acuerdo a las exigencias de su Fin trascendente —la verdad y el bien y, en definitiva, la Verdad y el Bien divinos—, o, lo que es lo mismo, de acuerdo a las exigencias de su naturaleza, ya que fin y naturaleza se corresponden: la naturaleza es tal por el fin que la especifica; o bien, dicho de otra manera más sucinta: sin la Revelación y la gracia es moralmente imposible la constitución del humanismo.

Sólo los grados inferiores del perfeccionamiento humano, referente a las ciencias empírico-matemáticas y a sus aplicaciones técnicas, que han aportado una abundancia de medios de mejoramiento de las condiciones de la vida material, han podido desarrollarse desvinculados del cristianismo. No así los grados superiores del humanismo, referentes al conocimiento de la verdad en sus grados supremos de la Filosofía y, menos todavía, en lo referente al perfeccionamiento religioso y moral y a las condiciones de convivencia justa y cordial dentro de la sociedad política y dentro del concierto de naciones; ni siquiera siempre en lo referente a las manifestaciones más puras del arte, que, al laicizarse, al independizarse de la tutela del cristianismo, han perdido el clima superior y se han desvinculado de las fuentes vitales, que desde la trascendencia sobrenatural lo nutrían en su propio ámbito natural humano.

Pese a las accidentales conquistas, logradas también en este orden, en lo esencial la vida superior del espíritu, desarticulada de la vida cristiana —por ejemplo, la filosofía desarticulada de la teología, como lo ha hecho ver Gilson, y mucho más la vida moral, religiosa y social— no ha salido robustecida ni perfeccionada con esta desvinculación del cristianismo. Precisamente, el caos de la filosofía y de la vida actual económica, social, y sobre todo el caos moral del mundo, son pruebas históricas de ello. Si reserváramos, con algunos autores, la palabra *civilización* para significar el perfeccionamiento científico-técnico material del humanismo, y la palabra *cultura* para expresar el perfeccionamiento del propio hombre en su vida espiritual de su inteligencia y voluntad libre, filosófica, moral y religiosa y social, diríamos que, independizado del cristianismo, el humanismo es capaz de concebir y obtener los bienes de la civilización, mas está moralmente incapacitado para concebir y lograr los bienes de la cultura.

Llegamos así a la conclusión de que sin la acción sobrenatural de la gracia, que normalmente se distribuye en el Cristianismo, un humanismo integral o auténtico es moralmente imposible y que, por consiguiente, fuera del Cristianismo tal humanismo es irrealizable. El hecho de que los intentos de constitución del humanismo, a que antes aludimos —el grecolatino, el renacentista y el contemporáneo—, intentados fuera de la inspiración cristiana, hayan fracasado, al menos en los grados superiores del espíritu, pese a la obtención de otros auténticos valores, científicos, técnicos, artísticos y aun morales y sociales, vienen a confirmar por vía histórica esta verdad teológica: tales intentos no han alcanzado su meta suprema por la imposibilidad moral que tenían de alcanzarla sin la acción sanante de la Revelación y de la gracia. La cultura o el humanismo, pues, o es cristiano, o no se realiza ni siquiera como

humanismo. Lejos estamos de pensar que el humanismo es anticristiano; de hecho sólo puede realizarse como cristiano.

El orden sobrenatural cristiano no se limita a sanar y confortar la naturaleza sino que instauro en ésta una verdadera participación de la vida de Dios elevándola a un plano de vida y perfección divinas, infinitamente por encima de su existencia. Esta vida de Dios implantada en el alma por la gracia se desarrolla y perfecciona por los hábitos sobrenaturales de las virtudes teologales y morales y por los dones del Espíritu Santo bajo el influjo constante de los auxilios de las gracias actuales de Dios —iluminaciones de la inteligencia y mociones de la voluntad— más allá de todo perfeccionamiento natural, de todo humanismo.

El crecimiento y desarrollo de la vida cristiana no es, pues, humanismo: es un perfeccionamiento divino del hombre, realizado por la acción que dadivosamente desciende de Dios, más allá de todo lo exigido por la naturaleza humana. Lo exigido asciende siempre como un crecimiento de la misma. Sin embargo, conviene insistir en que, irreductible al humanismo, el cristianismo no se opone a él; al contrario, trae consigo, de una manera eminente o sobreabundante, aquella Revelación o gracia sanante necesarias para crear las condiciones de posibilidad moral del mismo. Más aún, el cristianismo, al extender divinamente el ámbito del conocimiento de la naturaleza a la verdad estrictamente revelada e instaurar en el alma la vida de Dios, la vida de la caridad divina, no sólo extiende divinamente el perfeccionamiento del hombre por encima de su naturaleza sino que, «por añadidura», cura y conforta la vida intelectual de la inteligencia y de la voluntad y la ayuda a su perfeccionamiento connatural.

La Revelación o comunicación de la verdad sobrenatural de la Ciencia divina ayuda a que la inteligencia no yerre, la estimula a ensanchar sus dominios, aún en su propio mundo natural de evidencias objetivas, con los problemas filosóficos que el mismo dogma plantea a la razón. El hecho histórico de la constitución de una filosofía cristiana, es decir, de un conjunto de verdades descubiertas y fundamentadas por la razón en un plano puramente filosófico, que no suele encontrarse, sin embargo, fuera de los filósofos cristianos, indica el benéfico influjo de la Revelación sobre la razón y la filosofía, para evitar el error y estimularla a nuevos crecimientos y conquistas en el propio dominio filosófico. Mucho más visible es el influjo de la gracia en la vida moral —la vida de la caridad de los santos es mucho más, infinitamente más, que el mero cumplimiento de la ley natural—, pero lo implica por añadidura sobreabundantemente.

Si la vida sobrenatural traída por el Cristianismo es un perfeccionamiento divino del hombre, esencialmente diferente e irreductible e infinitamente superior al humanismo, al menos en sus tramos superiores específicos del perfeccionamiento de la vida espiritual, y crea de este modo las condiciones más favorables para todas las manifestaciones del mismo, aun en las zonas inferiores del perfeccionamiento de la vida y de los medios materiales, sobre todo para su desarrollo armónico con subordinación y contribución al desarrollo espiritual específico del hombre, dentro de un humanismo integral y para su consiguiente ubicación cabal dentro del bien total de aquél.

Así como la gracia supone y se funda en la naturaleza, cuando ésta se halla perfeccionada por el humanismo, ayuda a una más adecuada organización del orden sobrenatural: en el plano teórico, a la organización de la ciencia teológica, que se es-

estructura a partir de los principios revelados con la ayuda de los principios racionales ordenados en un sistema filosófico verdadero; y en el plano práctico, con las virtudes sobrenaturales, que son ayudadas a la organización de la vida moralmente recta con las buenas condiciones de una auténtica cultura humana.

OCTAVIO NICOLÁS DERISI

Pontificia Universidad Católica Argentina  
Santa María de los Buenos Aires.